

visitaron antes las islas, pues comenzó un verdadero exterminio contra los indefensos animales, cuya carne sirvió de alimento. Los colonos habían llevado cerdos á la isla, y así aumentó considerablemente el número de enemigos de las tortugas. A pesar de esto, Darwin encontró aun individuos en casi todas las islas visitadas por él. Cuando once años más tarde el buque de guerra *Herald*, al servicio de la ciencia, abordó á la isla de Carlos, el naturalista que se hallaba á bordo encontró en ella numerosas manadas de animales domésticos, perros y cerdos, que habían vuelto al estado salvaje, pero ninguna tortuga: estas habían sido exterminadas completamente. Existían sin embargo todavía algunas en la isla de Chatham: Steindacher dice que en las islas de los Galápagos solo habitaban en 1872 un blanco y dos negros, los cuales pasaban su misera existencia en la isla de Carlos; todos los demás colonos habían muerto ó emigrado; pero también en esta última isla se habían extinguido del todo las tortugas segun dijeron los tres hombres. Lo que ha sucedido en las islas Mascareñas sucederá también en las de los Galápagos.

CLASIFICACION Y CARACTERES.—Porter fué quien primero llamó la atención sobre las diferencias de las tortugas propias de las diversas islas del grupo de las de los Galápagos. En la isla de Porter distinguió por su extraordinario tamaño, pues algunas medían más de 1^m,50 de largo por 1^m,20 de ancho y casi un metro de altura, sin contar otras mayores, descubiertas, segun se dice, por varios marinos; las tortugas de la isla de James se distinguían por la delgadez de sus corazas y la facilidad con que estas se rompían; la de los individuos de la isla de Carlos era en cambio muy prolongada y el escudo del dorso elevado en su parte anterior en forma de silla de montar española, de color pardo; los individuos de James eran redondos, pesados y negros como el ébano, y los de la isla de Hood pequeños y semejantes á los de la de Carlos. Guenther toma en consideración estas noticias, pero por su propio exámen llega al resultado de que las tortugas de las islas de los Galápagos han representado cinco diferentes especies. Me parece que no entra en el plan de la «Vida de los animales» tomar en consideración las diferencias citadas, y por lo tanto me limitaré á decir que, segun Guenther, todas las tortugas gigantes ó elefantinas de las islas de los Galápagos difieren de las especies de los mascarenes, muy afines y semejantes en tamaño, por no tener en el escudo la placa de la nuca, y por reunirse en él los bordes posteriores de ambas placas de la garganta, formando un ángulo más ó menos obtuso. No pueden confundirse estos animales con las demás tortugas terrestres, pues no solo difieren por su colosal tamaño, sino también por su cuello largo y serpentina, por sus patas prolongadas y el color negro de su concha, de tal modo que no es posible desconocerlos.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—La excelente descripción de Darwin sobre la vida en libertad de las tortugas elefantinas es tan superior á los informes de Porter, que debo atenerme á la primera, apelando tan solo á los segundos para completar algún detalle.

«En un camino, dice Darwin al comenzar su relato, encontré dos grandes tortugas, cada una de las cuales debía pesar por lo menos cien kilogramos; la una estaba comiendo un pedazo de cactus, miróme al acercarme y continuó después tranquilamente su paseo; la otra, bufando ruidosamente, recogió la cabeza. Estos monstruosos reptiles, rodeados de una espesura sin follaje y de cactus gigantes, parecían una creación del mundo antediluviano.

»Probablemente no se hallarán estos animales en todas las islas del grupo, pero sí en las más; aunque habitan con prefe-

rencia en los sitios altos y húmedos, también visitan los parajes bajos y secos, y algunos alcanzan un tamaño enorme; Lawson, el gobernador inglés de la colonia, cuando estuvimos allí, nos habló de varios individuos tan grandes que se necesitaban siete ú ocho hombres para levantarlos; pues algunos producían hasta cien kilogramos de carne. Los machos viejos se distinguen de las hembras fácilmente por tener la cola mucho más larga y ser bastante más grandes.

»Las tortugas que habitan las islas de terreno seco suelen estar en los parajes bajos y aliméntanse con preferencia del succulento cactus; las que viven en la altura húmeda comen las hojas de varios árboles, una baya agria y áspera llamada guayabita y una especie de líquen de color verde pálido que pende del ramaje de los árboles. Les gusta mucho el agua, de la cual beben una gran cantidad, y agrádales también revolcarse en el cieno. Solo en las grandes hay fuentes, situadas hacia el centro y á una altura considerable; de modo que cuando las tortugas de la llanura quieren ir á beber, véanse obligadas á franquear largas distancias. He aquí porqué se encuentran sendas abiertas y trilladas por estos animales en todas direcciones, desde los manantiales hasta la costa del mar: estos senderos son los mismos que en otro tiempo guiaron á los españoles para descubrir los sitios donde abunda el agua. Cuando yo abordé á la isla Chatham no pude explicarme al principio qué animal sería el que pasaba por senderos tan regulares y bien elegidos, pero en las fuentes ví un espectáculo muy curioso. Muchos de estos monstruos estaban allí reunidos; algunos llegaban al parecer sedientos, y otros se alejaban después de haber bebido. Cuando la tortuga está ya en el manantial introduce su cabeza en el agua hasta más arriba de los ojos, sin fijar su atención en los espectadores; absorbe el líquido con voracidad, y repite esta operación unas diez veces por minuto. La gente del país no aseguró que todos los individuos permanecen tres ó cuatro días cerca del agua antes de volver á los terrenos bajos; mas no supo decirnos si eran muy frecuentes las visitas. El animal se rige probablemente por la naturaleza del alimento que toma; pero es cosa averiguada que las tortugas viven también en islas donde solo beben temporalmente el agua llovida.

»Ya está bastante demostrado que la vejiga de la rana sirve de receptáculo á la humedad que necesitan para su existencia, y lo mismo parece suceder también en las tortugas. Algunos días después de visitar el manantial, la vejiga de estos animales se dilata por efecto del líquido absorbido; mas tarde disminuye su volumen y se enturbia la pureza de aquel. Los indígenas se aprovechan de esta circunstancia cuando se hallan en las regiones inferiores y la sed les atormenta, pues matan uno de estos animales y beben el contenido de la vejiga. Ví matar una tortuga cuyo líquido era del todo claro y solo tenía un sabor ligeramente agrio.

»Cuando las tortugas se dirigen á cierto punto andan día y noche y llegan al término de su viaje mucho antes de lo que podríamos suponer. Los indígenas creen que estos animales, segun observaciones hechas en individuos señalados, pueden franquear una distancia de ocho leguas en dos ó tres días. Una gran tortuga que observé andaba con tal rapidez, que recorría sesenta metros cada diez minutos ó trescientos sesenta por hora; descontando ahora un poco de tiempo para la comida, tendríase un resultado de cuatro leguas inglesas diarias. Sus pasos son lentos é irregulares, segun Porter, pero pesados; cuando andan, el tronco se eleva unos 6^m,30 sobre el suelo.

»Durante el período del celo, que reúne á los dos sexos, continúa Darwin, el macho produce una especie de balido roncó que se oye á la distancia de más de cien pasos, sobre

todo durante el apareamiento; de modo que al oírse la voz se sabe que los sexos se han reunido. Precisamente durante mi estancia, es decir en octubre, las hembras, que no producen ningún sonido, ponían sus huevos. Allí donde el suelo es arenoso abren varios hoyos, depositan aquellos en cualquiera y los tapan en seguida con arena; si el terreno es pedregoso los dejan caer en el primer agujero que encuentran: Bynoe encontró siete en una hendidura. Los huevos son blancos y redondos; uno que yo medí tenía 6^m,18 de circunferencia.

Porter dice, respecto á la reproducción, que las hembras no bajan probablemente de la montaña sino para depositar sus huevos en la llanura arenosa. Entre los individuos que llevó consigo solo se contaban tres machos, que fueron cogidos muy en el interior, cerca de la montaña, pero todas las hembras llevaban huevos en su completo desarrollo, y en número de diez á catorce, que sin duda deseaban depositar en la arena.

«Durante el día, dice el segundo de los citados naturalistas, las tortugas son en extremo astutas y tímidas, pues al más leve movimiento de cualquier objeto ocultan su cabeza y cuello en la concha; mas por la noche parecen del todo ciegas y sordas. El ruido más estrepitoso, aunque sea el de un tiro, no las inquieta lo más mínimo ni les causa la menor impresión.»

Darwin confirma esta última noticia. «Los indígenas, dice, creen que las tortugas son del todo sordas; y la verdad es que no oyen á la persona que las sigue de cerca. Cuando tomaba la delantera á uno de estos monstruos, que tranquilamente se paseaban, divertíame ver cómo en el momento de pasar á su lado ocultaba la cabeza y las piernas, producía un roncó silbido y dejábase caer con gran estrépito, cual si hubiese muerto. A menudo monté sobre su lomo, y cuando le daba algunos golpes en la parte posterior de la coraza levantábase el animal para alejarse, pero me pareció difícil conservar el equilibrio.»

«Ningún animal, segun Porter, puede producir una carne más saludable, dulce y sabrosa que la de estas tortugas;» y Darwin opina lo mismo sobre el particular. «La carne, dice al terminar su relato, se puede comer tanto fresca como salada, y con la grasa se prepara un aceite bastante bueno y claro. El cazador que encuentra una tortuga le abre la piel cerca de la cola para ver si tiene por debajo de la coraza una gruesa capa de grasa; si esta no existe, deja en libertad al reptil, que segun dicen, restablécese pronto de su dolorosa herida: para sujetar á la tortuga no basta tumbarla boca arriba, pues con facilidad recobra su posición natural. Los pequeños recién nacidos son con mucha frecuencia víctimas de una especie de buzo; y no pocos adultos mueren, segun parece, por caer desde alguna altura. Los indígenas me aseguraron, por lo menos, que nunca han encontrado un individuo muerto por otra causa.»

CAUTIVIDAD.—Varios marinos aseguraron á Porter haber tenido tortugas de esta especie cautivas bajo cubierta durante diez y ocho meses, sin darles alimento alguno, y cuando al cabo de este tiempo las mataron, vieron que no se habían perjudicado en nada, ni tampoco perdido su grasa, á pesar de los malos tratamientos. Una de aquellas tortugas había estado ya cautiva algunos años, y hasta llegó á servir de tajo: aburridos por las continuas tentativas de fuga del animal, los criados del dueño, á quienes se mandaba ir en busca de la tortuga escapada, acabaron por encerrarla en un estrecho recinto, y después utilizaron su escudo para cortar leña. Gracias á la facilidad con que estos animales gigantes soportaban largos viajes por mar, llevábanlos á menudo á Europa y hace poco más de un decenio que aun se les veía con bastante frecuencia en jardines zoológicos y casas de fie-

ras ambulantes. Yo mismo he cuidado varios y observado otros. No era nada difícil mantenerlos, ni exigían mayor cuidado que cualquiera otra tortuga terrestre. En invierno se les tenía en espacios bien abrigados, alimentándolos con sustancias vegetales de toda clase; en verano se les conducía á un prado cubierto de césped, donde podían pacer á su antojo, proporcionándoles además una cantidad suficiente de yerbas y patatas. Las tortugas cortan ó arrancan con sus dientes grandes y espesas matas de yerba, forman el bolo alimenticio mascándola, y devoranle al fin con visibles esfuerzos. No he podido reconocer si preferían su guardia á las demás personas; unas veces parecía que sí, pero otras, conducíanse con él como con cualquier extraño. De todos modos, familiarizábase al fin con el hombre, dejan de bufar, pierden su timidez, y hasta permiten que se monte sobre su lomo, pero conducen al jinete con indiferencia y extremada lentitud.

Hoy día, solo en los jardines zoológicos más ricos se encuentra alguna tortuga de esta especie, y de aquí á pocos años ni aun esto será posible, cuando los pocos individuos cautivos que se encuentran en Europa sufran, á pesar de su gran vitalidad, la inevitable suerte de sus congéneres.

LOS CINIXIS—CINIXYS

CARACTÉRES.—Varias tortugas pueden mover la parte anterior ó la posterior del escudo del pecho, abriéndolas bajo la coraza del lomo; pero solamente los cinixis pueden oprimir el peto contra el espaldar. Este último, muy abovedado, se compone de dos piezas que solo están unidas por cartilagos fibrosos y que por lo tanto permiten la movilidad de la parte posterior. La línea divisoria de estas dos piezas, encorvada algunas veces angulosamente, está situada entre la tercera y cuarta placa vertebrales, las dos últimas costillares y las dos posteriores del borde; la de la nuca puede estar muy desarrollada ó faltar del todo; la de la cola es sencilla; las de los sobacos y de las caderas existen. La cabeza está cubierta de escudos, y el antebrazo y la parte posterior de las piernas de escamas sobrepuestas. Los piés anteriores tienen cinco dedos, soldados hasta la articulación de la uña; los posteriores cuatro, un poco más separados; los primeros tocan en tierra con las puntas de las uñas cuando el animal anda; y los segundos con la media planta.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Solo se conocen tres especies de este género originarias del Africa.

EL CINIXIS DE HOME—CINIXYS HOMEANA

CARACTÉRES.—El cinixis de Home no es la especie más diseminada, pero sí la más conocida: caracterízase por su coraza oval, prolongada, plana en el dorso, ahorquillada lateralmente y deprimida en la región de la nuca; la placa de esta parte no existe; la cola es larga y carece en su punta de la materia córnea. El color predominante de la coraza es un castaño claro; los escudos que cubren la cabeza y las escamas de las piernas, así como las mandíbulas, son de un amarillo claro; algunos de los escudos de la cabeza tienen un viso pardusco. El tamaño es bastante considerable: se ven individuos de 0^m,30 de longitud.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El área de dispersión de esta especie comprende el oeste de Africa; se ha encontrado en Guinea, á orillas del Gabon, y en las islas de Cabo Verde. No se sabe aun hasta dónde se prolonga su área de dispersión en el interior del continente. Algunos individuos de nuestras colecciones europeas, adquiridas en la Guayana, fueron importados sin duda del Africa.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Hasta última

mente no hemos adquirido algunas noticias sobre el género de vida de esta especie y de los demás cinixis. Solo sabemos, al menos por lo que yo he podido averiguar, que una de estas tortugas fué comprada en el Delta del Níger á un indígena que la llevaba atada con una cuerda; este individuo fué trasportado vivo á Europa, y aunque solo se le dió un poco de galleta dos ó tres semanas para su alimento, conserváronle algunos años vivo. Ultimamente, no solo se recibieron otros cautivos, sino también noticias sobre la vida en libertad de estos animales. Los informes han arrojado una luz inesperada sobre la clasificación de los cinixis, dándonos á conocer la exactitud de la opinión de Strauch cuando dice que las tortugas terrestres y pantanosas, no solo constituyen una sola familia, sino que pertenecen también á una sola subfamilia.

Monteiro designa una especie del grupo (*cinixys Beliana*) como reptil terrestre que solo vive en suelo arenoso ú otro terreno muy seco, el cual solo abandona durante la calurosa estación de las lluvias, mientras que en la estación fría, es decir desde mayo hasta octubre, se oculta, según aseguran los indígenas, en profundos hoyos; pero los relatos que tenemos sobre las otras dos especies indican precisamente todo lo contrario. Ussher asegura que el cinixis descrito es un animal bastante común en el país de los fantis y de los auras; dice que sirve de alimento á los indígenas, por lo cual estos le aprecian mucho. Y raras veces le venden; y añade lo siguiente: «Al parecer vive mucho tiempo en el agua; uno de los individuos que yo llevé á casa permaneció durante meses enteros en un estanque.» Con esto se halla del todo conforme una noticia de Falkenstein. «Respecto á los cinixis, me escribe el citado viajero, no he podido adquirir muchos datos, ni por observaciones propias, ni por conducto de los negros. Lo único que yo sé es que la especie que he traído viva (*cinixys erosa*) no es común y se encuentra en los ríos ó en sus orillas hasta donde llega el agua del mar. La hembra sale á tierra para depositar sus huevos, pero no sé de cierto en qué período del año. Estoy convencido de que á pesar de sus pesados piés es una buena nadadora. Mis cautivos, por lo menos, sacaban su alimento de un estanque profundo, sumergiéndose en él hasta el fondo.»

CAUTIVIDAD.—Fischer nos ha dado una breve descripción de la vida en cautividad de los cinixis, según observaciones hechas en las tres especies del género. No difieren por nada en cuanto á sus usos y costumbres; son animales diurnos muy perezosos y estúpidos que apenas parecen moverse de un mismo sitio; sus movimientos son tan lentos como la marcha del minuterio de un reloj; y su torpeza para comer es tal, que Fischer se asombró de que pudieran satisfacer su hambre. Un individuo cuidado por Effeldt solo aceptaba cerezas; y los cautivos de Fischer comían exclusivamente manzanas, pero no más una vez cada ocho ó quince días, dándose el caso de que pasasen tres ó cuatro semanas sin comer nada. Cuando el tiempo estaba claro, ó después de un baño caliente, parecía abrirseles el apetito; cuando comen se les cae á menudo el bocado de la boca, y entonces muerden un sin número de veces antes de que puedan volver á recogerlo; de modo que para satisfacerse del todo su apetito necesitan dos ó tres horas. Effeldt me dijo poco antes de su muerte que el modo de andar de los cinixis difiere del de todas las tortugas terrestres que conocía; pues caminan de lado, apoyándose en las uñas de los piés anteriores.

Cuando se les asusta súbitamente ó se les infunde temor, ocúltanse del todo en su coraza, cierran la parte móvil posterior de la misma y forman como una cápsula, abierta solo por delante.

LOS TERRAPENES—TERRAPENE

CARACTERES.—El terrapene de la Carolina, que por sus usos y costumbres es una tortuga terrestre, y por sus formas lo es pantanosa, representa otro tipo de tránsito entre las especies que viven en tierra firme y las que habitan en el agua, por lo cual merece nuestra particular atención. Sus caracteres distintivos consisten en tener el espaldar muy abovedado; placa cervical y doble placa caudal; el peto es oval, componiéndose de doce placas que forman dos piezas móviles, tan grandes que ambas pueden oprimirse por delante y detrás estrechamente sobre el espaldar; las placas de los hombros y de los costados están atrofiadas ó faltan del todo; la cola es corta; los piés bastante largos; los anteriores tienen cinco dedos y los posteriores cuatro, provistos de membranas natatorias. La cabeza está cubierta de una piel lisa, y los piés anteriores de grandes escamas.

EL TERRAPENE DE LA CAROLINA— TERRAPENE CARINATA

CARACTERES.—Esta especie varía mucho: el color de sus partes superiores suele ser un bonito pardo ó pardo negruzco; los dibujos consisten en manchas y fajas de color amarillo; las placas de la coraza y del pecho son amarillas, con líneas pardas. La longitud de la coraza es cuando más de 0",15 por 0",09 de ancho. La cabeza forma un óvalo prolongado; las mandíbulas son cortantes, y no denticuladas; así aquellas como los piés anteriores y posteriores presentan manchas pardas y amarillas (fig. 4).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El área de dispersión del terrapene de la Carolina se extiende por la mayor parte de los Estados-Unidos, desde el Maine hasta la Florida y en el oeste hasta Iowa, Missouri y Texas; está representada por una variedad en el sur de México, pero falta en las islas de la India occidental.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Dentro de los límites indicados esta especie se encuentra casi en todas partes y con mucha frecuencia; su género de vida es análogo en un todo al de otras tortugas. Según Ord, que la observó minuciosamente, se la encuentra mucho más á menudo en terreno seco que en húmedo, y efectivamente, si se la observa en este, el naturalista puede estar convencido de que solo un bocado favorito la indujo á visitar los parajes poco convenientes para ella. Así, por ejemplo, puede buscársela con seguridad en los pantanos elegidos por el nicticorax para reproducirse, pues siempre hay bajo las guaridas de estos ardeidos gran número de peces medio podridos, que parecen ser verdaderas golosinas para el terrapene de la Carolina. Además de tales restos come insectos, caracoles, gusanos, setas tiernas y bayas, estas últimas hasta con gran voracidad. Otros observadores están del todo conformes con estas noticias. «Tuve á menudo ocasión, dice C. Mueller, de observar terrapenes de la Carolina, tanto en el estado libre como en cautividad, pero nunca los encontré en el agua, notando, por el contrario, que cuando se les llevaba á un estanque mostraban una gran repugnancia, abandonándole tan pronto como era posible. Ciertamente que también se les encuentra en terreno húmedo ó pantanoso, mas por lo regular viven en bosques ó praderas y parecen preferir á los demás sitios las selvas frondosas. A veces se les ve en lugares muy secos y hasta en colinas arenosas.» A menudo, según Mueller, están medio ocultos en la tierra y en el musgo, ocupados probablemente en buscar setas, gusanos é insectos. Mueller cogió una vez un individuo en el tronco de un árbol hueco, habiéndole oído trabajar ya desde lejos, y al acercarse le vió rodeado de

larvas de insectos que debían servirle de almuerzo. Le gusta mucho la oscuridad; los cautivos observados por Fischer ocultábanse, cuando había sol, detrás de la estufa y debajo de los armarios y otros objetos que preservan de la luz; pero al cerrar la noche recobran su agilidad y cuando había luna corrían mas por la habitación. No cabe duda que lo mismo harán en libertad; el terrapene de la Carolina se muestra aquí no menos tímido y medroso que otras especies pequeñas de su familia; si otro animal mayor se le acerca, recoge la cabeza y las piernas, cerrando su coraza de tal modo, que nada pueden hacerle las rapaces ordinarias, pero cuando se le irrita, se defiende, muerde y no es fácil hacerle soltar lo que una vez ha cogido. Schil presentó un individuo que halló en las Praderas cogido de una rama del grueso de un dedo. Para saber si soltaría el objeto, y cuándo, atóla en su coche de modo que la tortuga quedó suspendida; el carruaje se puso en movimiento y el reptil estuvo colgado

en la rama desde la mañana hasta por la noche, sin soltar ni tampoco cansarse.

Ord describe muy minuciosamente el modo de reproducirse el terrapene de la Carolina. Tuvo algunos años seguidos varios de estos animales en su jardín, muy propio para el caso por todos conceptos, y así pudo hacer observaciones detalladas. A pesar del gran espacio que tenían á su disposición y de su libertad, pocos individuos se reprodujeron, habiéndose malogrado muchos huevos, los mas por causa de las pequeñas hormigas que destruían los nidos. La manera de abrir el hoyo y de poner los huevos no difiere de lo que ya hemos descrito al hablar de la tortuga elegante; los cinco ó seis huevos que la hembra deposita, aunque salen siempre con intervalos de cinco minutos por lo menos, no causan dolores de parto. Las hembras medio adultas proceden exactamente del mismo modo que las viejas, rodeando con tierra cada huevo después de ponerle; una vez lleno el hoyo, apiso-

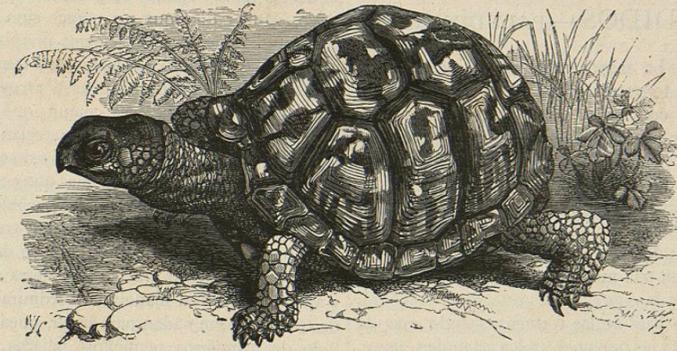


Fig. 4.—LA TORTUGA DE LA CAROLINA

nan el terreno cuidadosamente. Mientras escarba y pone la tortuga no cambia de posición y ni siquiera vuelve la cara hacia atrás. Cuando se la estorba en la puesta no empieza á escarbar hasta después de quince días.

Ord cogió los huevos de una hembra cierto día después de la puesta y los colocó en una caja llena de tierra. El primer pequeño salió á los 88 días, y el último á los 109; los hijuelos eran de diverso tamaño y fuerza, mas por lo regular bien desarrollados y también desde el primer momento ágiles y vivaces: sus conchas, sin embargo, eran todavía muy blandas y cartilaginosas, viéndose aun los restos de la yema en el centro del peto. Sucede sin embargo muy á menudo que el calor medio del verano de Pensilvania no basta para desarrollarlos; de modo que el invierno les sorprende en el cascaron.

En tal caso perecen naturalmente con mucha mas facilidad que los adultos por causa del frío; y á menudo corren gran peligro por el hielo cuando el hoyo no tiene bastante profundidad. Los recién nacidos, por fortuna, se ocultan al mismo tiempo con los adultos á mediados de octubre, y no reaparecen hasta el 20 de abril: siempre eligen con mucho acierto para sus cuarteles de invierno, un terreno ligero y en parajes que no se hallen expuestos al viento del norte.

CAZA.—El terrapene de la Carolina no sufre una persecución sistemática; su carne, por sabrosa que sea, no se come, pues se tiene contra ella la misma prevención que induce á los campesinos á no comer ancas de rana. «Un marino viejo y retirado, dice Ord, que habiendo llegado á Pensilvania encargó á todos los muchachos que le llevasen tortugas y

ranas para comerlas, pues sabía apreciar un alimento tan sabroso, infundió desconfianza en toda la población.» Con mas frecuencia se comen los huevos.

CAUTIVIDAD.—Muhlenberg asegura que la tortuga de la Carolina es muy útil porque caza ratas y culebras. Cuando ha cogido una la oprime con fuerza entre el peto y el espaldar hasta que la mata, comiéndosela luego con la mayor satisfacción. Semejante aserto demuestra claramente que aquel naturalista ha dado crédito á una fábula referida por algun indígena. Lo que sí puede admitirse como muy probable, es que estos animales devoran toda clase de sabandijas y animales nocivos, y que por esta razón se les tiene en las habitaciones. Pronto pierde esta tortuga su natural timidez, y con el tiempo se acostumbra á tomar el alimento de manos de las personas. Come las cosas mas diversas, tales como hongos, hortaliza, patatas, frutas, pan, insectos y carne. Un individuo cautivo que tenia Reichenbach, manifestó singular aversión á una tortuga griega con la cual vivía: véase lo que refiere dicho naturalista. «Cuando yo trabajaba solía oír unos golpes semejantes á los de un martillo pequeño, sin que al principio pudiera explicarme la causa de semejante rumor. Al fin descubrí que la tortuga pequeña acometía á la mas grande con cierto furor; colocábase para ello como á una pulgada de distancia de su compañera, ocultaba luego la cabeza, y apoyándose sobre sus extremidades anteriores se lanzaba sobre la otra sirviéndose de la parte anterior de su coraza como de una catapulta: repetía esta operación diez ó doce veces seguidas. Aquel curioso espectáculo se renovaba todos los días, y muchos de mis amigos pudieron presenciarlo,